

Tomado de: *Traducir a Gramsci*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2007, 292 pp.

1.- Between and drink a chair, o sobre las dificultades de una lectura necesaria.

En los medios de los lingüistas y de los que se dedican a la enseñanza de idiomas extranjeros, la anécdota que voy a narrar es conocida. Cuéntase de una persona que creyó que aprender inglés era simplemente cuestión de memorizar el significado de las palabras en aquel idioma. Que para hablar en inglés bastaba con sustituir los vocablos castellanos presentes en una oración por sus equivalentes ingleses. Y nada más. Y procedió a estudiar de esa manera el idioma de Shakespeare. Se aprendió miles de palabras. Dotado de una memoria privilegiada, retaba a sus amigos a que abrieran un diccionario inglés-español por cualquier página, y le preguntaran el significado de cualquiera de los términos que allí aparecían, y era capaz de decir inmediatamente y sin titubeos el significado en castellano. Podía traducir cualquier palabra del inglés al español, y del español al inglés. Alcanzado ese punto, se sintió ya capaz de hablar en ese otro idioma, de expresarse en él. Y la oportunidad para ello no tardó en presentársele. Se encontraba un día en su oficina cuando le avisaron que un especialista procedente de los Estados Unidos, al que se le esperaba desde hacía varios días, había finalmente llegado y se encontraba allí. Seguro de sus conocimientos idiomáticos, ordenó que lo hicieran pasar a su despacho. De pie, al lado de su buró, pensó en una fórmula tradicional para invitarlo a pasar y a que se sentara, y mentalmente tradujo cada palabra al inglés. Cuando el norteamericano en cuestión se asomó a la puerta ya abierta, el personaje de nuestra anécdota se adelantó hacia él y, con rostro sonriente, le dijo: “*between and drink a chair*”. El visitante abrió los ojos espavorecido, y a toda velocidad se retiró del lugar.

Basta con un elemental conocimiento del idioma inglés para comprender la reacción del visitante. “Between” en inglés es un adverbio de lugar, que quiere decir “entre”, indicando la colocación física de un objeto entre otros, pero que no tiene nada que ver con la acción de entrar en un lugar. “Chair” es silla, y “drink” se traduce como tomar, pero en el sentido de beber un líquido, y no de agarrar o coger alguna cosa. El protagonista de la anécdota malinterpretó la esencia del proceso de traducción.

Consideró que bastaba con sustituir mecánicamente las palabras de un idioma a sus similares del otro. Olvidó la importancia del contexto en que se encuentra la palabra para poder esclarecer su significación. Olvidó que para hablar en un idioma hay que pensar en ese idioma. Asumió que podía pensar la frase en español, traducir cada vocablo por separado, y decirla en inglés. Pensó en español en decir “entre y tome una silla”, y terminó diciendo en inglés algo tan absurdo que equivaldría más o menos a esto: “póngase entre dos y bébase una silla”.

La enseñanza de esta anécdota es clara. Traducir de una lengua a otra es un proceso complicado, que no implica sólo memorizar el significado de decenas de miles de vocablos, sino además captar la lógica incita en ese otro idioma, aprehender el sentido y las reglas de la sintaxis y la composición peculiares en esa lengua. Traducir no es un acto mecánico de transposición de significados, sino un ejercicio de creación, en el que cada idea expresada tiene que ser producida de nuevo en ese específico universo de significantes que constituye ese otro idioma. Entender lo que se ha expresado en otro idioma requiere como momento previo aprehender un conjunto de claves, de códigos, específicos de aquella otra lengua, para poder traducir adecuadamente al idioma del individuo receptor. Y viceversa.

El acto de la lectura se asemeja mucho al de la traducción. De cierta forma puede aseverarse que toda lectura es una traducción. Enfrentado a la página escrita, al lector no le bastará con captar el significado aislado de cada palabra para asegurarse de haber comprendido el mensaje que se quiere transmitir. La comprensión de un texto no se reduce a la operación de suma mecánica de los significados aislados de palabras colocadas en un orden sucesivo. El mensaje debe ser descifrado por el lector, quien tiene necesariamente que jugar un papel activo, reconstruyendo la esencia del mismo. Todo lector es, en una medida condicionada por las características del texto, coautor del mismo. A veces, si de un texto simple se trata, las claves para la lectura son fáciles de encontrar, pues se pueden hallar en la obra misma o en referencias que le son cercanas o familiares al lector, y este realiza esa tarea casi sin percatarse de ello. Pero en otras ocasiones el texto puede tener un alto grado de hermeticidad. En obras con un elevado nivel de complejidad teórica, asumir los referentes que otorgan pleno sentido al contenido, encontrar las coordenadas que permiten aprehender la lógica que subyace a

ese discurso y funcionan como fundamento del mismo, suele exigir un esfuerzo mucho mayor. En definitiva, se trata de enfrentar otro pensamiento, que se ha objetivado en la obra en cuestión. El pensamiento de otra persona. Todo pensamiento es una producción doblemente condicionada. Por un lado, por los elementos idiosincrásicos de su autor: su historia de vida, sus angustias existenciales, su grupo social de origen, sus afinidades electivas, sus elecciones éticas, etc. Pero también por su marco epocal, por los conflictos históricos específicos en los que se vio envuelto, por las características de su cultura, por los retos y desafíos particulares a los que fue enfrentado por su contexto cronológico y geográfico, por los enemigos que escogió y se enfrentó, los obstáculos que pretendió derribar, los proyectos que quiso promover. Ese condicionamiento histórico del creador del texto puede ser diferente al de su lector. Para este último, entonces, la apropiación efectiva del núcleo conceptual del legado teórico de aquel autor tendrá como premisa necesaria la labor previa de descubrir todos aquellos referentes que dotan de **su** sentido (no de cualquier sentido) a aquellas páginas. Y después de ese trabajo de descodificación y contextualización, para poder reconstruir la lógica conductora de aquel pensamiento, proceder a una labor de “traducción”. Es decir, de recontextualización de ese pensamiento en las coordenadas dadoras de sentido específico del lector, para que este pueda asumir aquella obra no en el peso de su letra muerta, sino como una fuente viva de cuestionamientos fructíferos, de preguntas incitantes, de señalamientos de nuevos derroteros. El lector ha de des-construir el texto para volverlo a reconstruir nuevamente.

Leer a autores como Aristóteles, Maquiavelo, Marx o Martí, puede convertirse en un mero ejercicio de arqueología intelectual. Podemos memorizar lo que dijeron y después repetirlo, en un simple acto de reproducción mecánica. Pero ello por si mismo no nos permitirá explicarnos por qué esas figuras son clásicos del pensamiento, por qué cada generación que surge ha vuelto sus ojos hacia ellos. No nos permitirá responder a la pregunta que interroga acerca de la utilidad de repasar textos escritos hace muchos años, en otras condiciones. Pero en tanto clásicos, pese a las grandes diferencias entre sus respectivas épocas y la nuestra, la obra de esos autores todavía tiene mucho que decirnos. Y para ello es preciso realizar esa labor de traducción a la que hice referencia más arriba.

Antonio Gramsci es una de esas figuras imprescindibles. Es un clásico del pensamiento teórico-social del Siglo XX. Felizmente, en estos últimos quince años (pletóricos de acontecimientos para Cuba), su obra ha sido sacada entre nosotros del cono de sombras en el que algunos la habían colocado. Ha sido sobre todo la labor realizada en forma sostenida por el destacado intelectual y revolucionario Fernando Martínez Heredia, presidente de la Cátedra de Estudios Antonio Gramsci, perteneciente al Centro Juan Marinello del Ministerio de Cultura, y la de Pablo Pacheco, por muchos años director del referido Centro e infatigable promotor al que mucho le debe el panorama editorial y el campo intelectual cubano, la que ha facilitado el retorno del pensamiento de Gramsci en nuestro país.

Gramsci se ha vuelto ya un punto de referencia habitual en Cuba. Muchos son los que buscan sus obras para leerlo. Y este primer acto de lectura de textos gramscianos suele traer aparejado el descubrimiento de que se trata de textos de difícil aprehensión. Algunos entonces tratan de interpretar la letra de esos textos desde las coordenadas ofrecidas por aquel marxismo mecanicista, economicista y dogmático que primó en Cuba en las décadas de los 70 y los 80, que fue enseñado en nuestras escuelas y universidades con los manuales provenientes de la URSS (de los que el de F. V. Konstantinov fue el más utilizado) y que todavía, a pesar de las tormentas, sigue causando estragos entre nosotros. Sin darse cuenta de ello, traducen a Gramsci desde esos códigos. El resultado, inevitable por demás, es que llegan a una comprensión totalmente deformada de las concepciones gramscianas. Conceptos como hegemonía y sociedad civil, elementos centrales del edificio teórico elaborado por Gramsci, son utilizados frecuentemente en Cuba, pero muchas veces de una forma totalmente ajena al sentido que les otorgara el comunista italiano. Así, es frecuente que se malinterprete a la hegemonía como algo que se produce exclusivamente en el plano superestructural, limitándola a la capacidad del grupo social detentador del poder de articular y difundir exitosamente por vías discursivas su ideología. O que se reduzca a la sociedad civil al conjunto de las organizaciones no gubernamentales, reproduciendo la interpretación neoliberal de esta categoría y asignándosela a Gramsci. Lo mismo ha ocurrido con el concepto de bloque histórico, también fundamental en la teoría gramsciana, y que es

reducido por muchos a la simple repetición de la vieja idea sobre la necesidad de lograr una alianza entre la clase obrera y el campesinado.

Pero esta traducción “konstantinoviana” de Gramsci no es la única interpretación inadecuada de su pensamiento que circula en nuestro país. Hay un segundo grupo de lectores de su obra que, conocedores del carácter deformado de la vulgata marxista que se enseñó durante años en nuestras instituciones, han buscado en la numerosa bibliografía sobre Gramsci otras claves de interpretación. Y sin contar con el conocimiento de todos los elementos han aceptado la imagen del legado gramsciano presentado por autores de indudable prosapia liberal, que han hecho otra traducción de Gramsci, en la que lo convierten en un pensador reformista, desbastando de tal modo el filo dialéctico de su interpretación materialista de la historia y la política que lo convierten en un pensador idealista. Tal ha sido el caso del famoso ensayo de Norberto Bobbio sobre el concepto de sociedad civil en Gramsci,¹ y del libro de A. Laclau y Ch. Mouffet sobre la interpretación gramsciana del concepto de hegemonía.² Aceptan acríticamente la visión sobre Gramsci que otros han elaborado.

El esfuerzo ha de encaminarse por otro rumbo. Es preciso conocer la época en que vivió Gramsci, los desafíos políticos y teóricos que enfrentó. Las características del pensamiento de su época y del entorno intelectual y de luchas prácticas en las que vivió. Para poder comprender los puntos de entrelazamiento de vectores de fuerza en los que la historia lo situó, y la significación específica que ciertas problemáticas y ciertos términos adquirirían en aquellas circunstancias. Para poder comprender no sólo a favor de qué luchó Gramsci, sino también – no menos importante – contra qué y contra quiénes enfiló su pensamiento.

El pensamiento de Gramsci es un pensamiento en movimiento. Los *Cuadernos de la Cárcel* no nos entregan un sistema ya acabado y estructurado, organizado para facilitar su comprensión por un lector pasivo. Gramsci ofrece problemas más que conceptos. Y eso condiciona necesariamente la lectura de su obra. Exige del lector una actividad gnoseológica, interpretativa, permanente. Han de buscarse las claves para esa

¹ Norberto Bobbio, *Gramsci y la concepción de la sociedad civil*, Barcelona, Avante, 1977.

² Ernesto Laclau y Chantal Mouffe: *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Madrid, Siglo XXI Editores, 1987.

interpretación. Gramsci debe ser aprehendido a la luz de su propio tiempo histórico y cultural.

Valentino Gerratana, profundo estudioso de la obra de Antonio Gramsci y responsable de la edición crítica de los *Cuadernos de la Cárcel*, destacó “*la invitación a una lectura mayormente responsabilizada, no limitada a una simple recepción pasiva. Lo cual no quiere en absoluto decir una lectura abierta a cualquier posibilidad de interpretación. Gramsci escribía en una época de profundas transformaciones, para lectores que habrían debido afrontar nuevas experiencias y estarían en posesión de nuevos elementos de juicio que él, en el aislamiento de la cárcel, sólo confusamente podía entrever. A estos lectores ofrecía una reflexión profunda de su propia experiencia política y cultural y la construcción teórica de una compleja metodología crítica para agredir activamente a los procesos en marcha en el mundo contemporáneo. Es lícito suponer que pensaba en lectores capaces de completarlo, y en ciertos puntos incluso de corregirlo: como marxista antidogmático no hubiera podido desear lectores diferentes*”.³

A facilitar esta lectura, indispensables para la imprescindible tarea de apropiación de la herencia gramsciana, está dedicado este libro.

³ Valentino Gerratana. Prefacio a: Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*. Edición crítica del Instituto Gramsci. Editorial Era, México, 1999, tomo 1, p. 29.